

1

El telón de fondo: descubriendo el pastel español. Una introducción muy breve

EN SU ENSAYO DE 1937 «Spilling the Spanish Beans», George Orwell comentaba que «ha existido una conspiración deliberada ... para impedir que la situación española sea comprendida». Tal y como demuestran los debates actuales, siguen proliferando los mitos sobre la República, la guerra civil y la dictadura franquista, y continuarán en el futuro. Los historiadores de la guerra civil española no dejan de recordarnos que la batalla por la verdad respecto de la guerra y otros aspectos no está ganada, ni mucho menos.¹ Desde 1936 la guerra civil española ha sido ampliamente malinterpretada, y muchos coinciden en que aún queda mucho camino por recorrer para lograr una visión completa de cómo se consideró la situación política en su contexto internacional, en particular antes y justo después del estallido de la guerra.²

Cuando se fundó la Segunda República el 14 de abril de 1931, la gente se echó a la calle de la alegría. El rey Alfonso XIII abandonó el país tras las elecciones municipales en las que los candidatos republicanos obtuvieron la mayoría de votos en las zonas urbanas, y esa misma noche de sábado los conspiradores monárquicos se reunieron con el fin de sentar los cimientos de un proceso con el que pretendían socavar las bases de la República: no estaban dispuestos a darle ni veinticuatro horas de respiro. Las esperanzas de la gente pronto menguaron ante la fuerza de las antiguas defensas del orden.³

Todo lo que que constituía el poder real permaneció en manos de las mismas personas: la propiedad de la tierra, las instituciones financieras, la industria y la agricultura, así como los medios de comuni-

cación, los principales periódicos y las emisoras de radio. Los que ostentaban ese poder se unieron a la Iglesia y el Ejército para defender lo que consideraban desafíos a su propiedad, religión y unidad nacional. Para tal fin utilizaban la propaganda, la presión política y todos los medios disponibles. La propaganda denunciaba los esfuerzos en la reforma política y económica como la obra subversiva de la Internacional Comunista con sede central en Moscú. Se fundaron y financiaron nuevos partidos políticos de derechas que se oponían a la República. En efecto, los paros rurales e industriales y las huelgas por parte de los gerentes para forzar una solución a los conflictos en términos favorables para el patrón se convirtieron en una respuesta habitual a las medidas tomadas por el Gobierno con el fin de proteger los intereses de los trabajadores. En 1933, las acciones urgentes y coordinadas por parte de la oposición de derechas desilusionaron a los socialistas hasta tal punto que decidieron abandonar su alianza electoral con los republicanos de izquierda. En un sistema que favorecía las coaliciones políticas, supuso la victoria de la derecha en las elecciones de noviembre de 1933:⁴ el partido católico autoritario, la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas), emergió como la mayor agrupación única en las Cortes.

Había llegado su momento. Los patronos y terratenientes empezaron a reducir los salarios, despedir a trabajadores, desalojar a los arrendatarios e incrementar los alquileres. Paul Preston ha demostrado que «la legislación social fue desmantelada y los principales sindicatos se fueron debilitando, uno tras otro, a medida que se iban provocando y acallando las huelgas: uno de los paros nacionales más notables fue el de los trabajadores agrícolas en verano de 1934. La tensión iba en aumento. La izquierda veía fascismo en todas las acciones de la derecha, y esta olía la revolución en cualquier movimiento de izquierdas».⁵

En mayo de 1934, los partidarios de la monarquía de las dos ramas dinásticas, los alfonsinos y los carlistas, fueron capaces de engatusar a Mussolini para que prometiera ayudar en un futuro golpe de Estado contra la República. Ocurrió meses antes de la insurrección de izquierdas de octubre de 1934.⁶ El 6 de octubre, tres ministros de la CEDA entraron en el Gobierno. Los socialistas, que lo consideraron el primer paso hacia la instauración del fascismo, respondieron convocando una huelga general, lo que posteriormente ha sido interpretado como un rechazo deliberado por parte de la izquierda de las

normas de la convivencia democrática. Se declaró con celeridad la ley marcial y la huelga fue sofocada. El gobierno liberal de izquierdas de la burguesía de Barcelona declaró la independencia de las cuatro provincias catalanas, pero aquella rebelión federalista duró poco. Sin embargo, en Asturias los mineros revolucionarios, organizados conjuntamente por la UGT (Unión General de Trabajadores), los anarcosindicalistas de la CNT (Confederación Nacional del Trabajo) y, luego, los comunistas, libraron durante más de dos semanas una lucha desesperada contra el Ejército. Los obreros asturianos estaban convencidos de que llevaban a cabo lo que otros trabajadores de Alemania, Italia, Hungría y otros lugares no habían conseguido hacer: levantar las armas contra el fascismo. Finalmente, fueron sometidos gracias a la acción conjunta del Ejército, la Armada y las fuerzas aéreas bajo la coordinación global del general Franco, que utilizó a mercenarios brutales del Marruecos español.⁷ Una vez acallado el levantamiento revolucionario, Franco dijo: «Esto ha sido una guerra de fronteras, y sus frentes son el socialismo, el comunismo y todo aquello que ataque a la civilización para sustituirla por la barbarie».⁸ A continuación se produjo una represión salvaje que incluyó el saqueo, las violaciones y las ejecuciones sumarias. El Gobierno suspendió las garantías constitucionales y cerró multitud de periódicos de izquierdas, la tortura era una práctica extendida en las cárceles. Según Paul Preston, «fue el fuego en el que se forjó el Frente Popular, en esencia una recreación de la coalición republicana-socialista».⁹

Cuando se convocaron elecciones para mediados de febrero de 1936, se trataba principalmente del Frente Popular contra la derecha. La campaña del Frente Popular destacaba la amenaza del fascismo y exigía poner fin a la detención y persecución de todos los encarcelados tras los sucesos de octubre de 1934. La campaña de la derecha, con una gran financiación, intentó convencer al electorado de que España se enfrentaba a una lucha a vida o muerte entre «ángeles» y «bestias», en la que la «perversa izquierda» trataba de minar los fundamentos de la eterna España: la integridad de la patria, el Ejército, el catolicismo y el orden social establecido. España se encontraba al borde de la revolución, decían. El 16 de febrero el Frente Popular obtuvo una victoria, aunque discreta, que frustró las esperanzas de la derecha de imponer legalmente un estado autoritario. Según afirma Paul Preston:

Los dos años de un gobierno agresivo de derechas habían provocado en las masas trabajadoras, en particular en el campo, una gran resolución y sed de venganza. La izquierda, que ya había sido neutralizada en una ocasión en su ambición reformadora, estaba ahora decidida a actuar con rapidez con la significativa reforma agraria. Los dirigentes de la derecha reaccionaron provocando el malestar social, para luego utilizarlo en discursos parlamentarios y artículos que helaban la sangre y presentar el alzamiento militar como la única alternativa a la catástrofe.¹⁰

Pese a su victoria, el Gobierno del Frente Popular era débil. Francisco Largo Caballero utilizó su poder en el Partido Socialista para impedir que su rival socialista, Indalecio Prieto, formara un gobierno fuerte. Al mismo tiempo, la derecha se preparaba para la guerra. Durante la primavera de 1936, los conspiradores monárquicos negociaron el suministro de material de guerra italiano moderno para apoyar el inminente golpe. El general Emilio Mola organizó la conspiración militar. Los partidos del Frente Popular observaron cómo las brigadas de terror del partido fascista Falange Española, cada vez de mayor envergadura, orquestaban una estrategia de tensión. Como cabía esperar, sus acciones estaban provocando represalias por parte de la izquierda, de modo que lograban causar el desorden que justificaría la imposición de un régimen autoritario. Una de esas represalias, el asesinato del monárquico José Calvo Sotelo, quizá estimuló a muchos a seguir a los conspiradores.¹¹ En resumidas cuentas, estas fueron las circunstancias que desembocaron en la guerra civil y que diversos grupos de historiadores llevan debatiendo desde el inicio del conflicto.

Para empezar, existen numerosas informaciones falsas sobre el origen del conflicto. Tal y como apunta correctamente Paul Preston, «derivan de la mentira inicial de que la guerra civil española fue una guerra necesaria librada para salvar el país de la toma del poder por parte de los comunistas. El éxito de esta invención influyó en gran parte de la literatura sobre la guerra civil española, que fue representada como un conflicto entre dos partes más o menos iguales».¹² Otro aspecto importante al que hasta hace poco se le ha dado relativamente poca importancia en la guerra civil española es hasta qué punto los esfuerzos bélicos de los rebeldes se basaban en un plan previo de asesinato en masa sistemático. «Los cabecillas de la rebelión, los generales Mola, Franco y Queipo de Llano, consideraban al proletariado español, de la misma manera que a los marroquíes, una raza inferior

que debía ser subyugada mediante una violencia súbita e inflexible. Así, aplicaron en España el terror ejemplar que habían aprendido en el norte de África desplegando la Legión Extranjera española y los mercenarios marroquíes.»¹³ Mucho antes del holocausto español, en el diario de guerra de Franco de 1922 se describía positivamente la destrucción de pueblos marroquíes y la decapitación de sus defensores por parte de los hombres de Franco. El futuro caudillo (título elegido por Franco) dirigió en persona a sus legionarios en un asalto del que regresaron cargando como trofeos las cabezas ensangrentadas de los miembros de las tribus locales.¹⁴ De hecho, aunque hasta hace poco no se le dedicara mucha atención, los cabecillas de la rebelión militar planearon desde el principio con sumo cuidado la destrucción masiva o, en palabras del general Mola, la eliminación «sin escrúpulos ni asomo de duda de aquellos que no piensen como nosotros».¹⁵ Por supuesto, el pueblo republicano no pensaba como los rebeldes, de modo que el carácter sangriento, prolongado e intransigente del conflicto venía predeterminado.

Antes de analizar el contexto internacional en el que tuvieron lugar los acontecimientos previos y posteriores a la noche del 17 al 18 de julio de 1936 es imprescindible comprender que la guerra civil española fue mucho más compleja que un simple conflicto entre el fascismo y el comunismo.¹⁶ En primer lugar, la polarización entre las fuerzas políticas opuestas fue fruto de la determinación de la derecha de bloquear las ambiciones reformadoras del régimen democrático establecido en abril de 1931, que a su vez provocó una reacción aún más radical por parte de la izquierda. En paralelo a estos procesos, se elaboraron teorías teológicas y raciales de derechas para justificar la destrucción de la izquierda mediante la intervención militar.¹⁷

Las fuerzas que se oponían a las reformas democráticas de la Segunda República pretendían garantizar que los intereses de las clases dirigentes, resumidos en el lema de derechas de la CEDA («Religión, patria, familia, orden, trabajo, propiedad», los elementos intocables de la vida en España), jamás volverían a correr peligro como había ocurrido entre 1931 y 1936. Por tanto, cuando el clero justificó la rebelión y el alzamiento militar era para llevar a la práctica el llamamiento del general Mola a eliminar a los «pensadores» de izquierdas liberales y progresistas que ponían en tela de juicio los principios fundamentales de la derecha.¹⁸ Estas limitadas ambiciones fueron presentadas ante los observadores extranjeros que simpatizaban con

esa ideología como parte de una cruzada mayor contra el comunismo. Por distintos motivos en cada caso, tanto los objetivos declarados como los reales de los rebeldes militares forzaban a Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia y Rusia a mostrar un profundo interés por la situación española. Así, todos se vieron obligados en última instancia a desempeñar su papel en el curso de los acontecimientos.

En el caso de Londres, ya tras las elecciones de febrero de 1936 empezó a llegar información política desde España al Ministerio de Exteriores, y por tanto al gabinete de Stanley Baldwin, por tres canales: los diplomáticos británicos, el SIS (el servicio secreto de inteligencia del Reino Unido) y la Government Code & Cipher School (GC&CS), que interceptaba comunicaciones entre los comunistas españoles, representantes de la Komintern y Moscú. Así, el SIS asumió la tarea de hacer un seguimiento de la actividad comunista en España e informar sobre la implicación soviética. En palabras del historiador oficial del servicio de inteligencia, «en ocasiones resultaba frustrante por su imprecisión».¹⁹ Dado que los documentos siguen estando clasificados, no queda más remedio que creer al historiador oficial. Según un investigador independiente, el cuarto canal de información eran las fuentes con las que contaba el MI6 entre los miembros del llamado «Comité Español en Londres»,²⁰ un grupo que más adelante se convirtió en Friends of Nationalist Spain.

En abril de 1936 un informe de un agente del MI6 destinado en Marruecos afirmaba que un mes antes, es decir, en marzo, un barco soviético no identificado había descargado «dos cajas grandes con rifles y armas pequeñas en Algeciras», un importante puerto internacional del sur de España. No se especifica cómo se enteró el agente de ese envío, que también informó de que casi al mismo tiempo la Unión Soviética había entregado «unos millones de libras» al Partido Comunista español (PCE). En el número 54 de Broadway, las oficinas del servicio secreto de inteligencia, los que recibieron esos informes consideraron que todo aquello «apenas tenía valor», pues «no parecía que el agente hubiera contrastado la información» y no mencionaba la fuente. No obstante, cuando el servicio informó a sus colegas del Deuxième Bureau, Londres «no tenía la más mínima duda de que la Internacional Comunista, a través de su sede en París, está financiando y controlando actividades manifiestas y subrepticias en España». Solicitaban la opinión de sus homólogos franceses sobre la cues-

tión, pues «era difícil que alguien viera la instauración de un régimen soviético en la península ibérica con serenidad, ya fuera por motivos militares, políticos o económicos».²¹ Si hubo respuesta por parte de los franceses, no sobrevivió. La convicción de Londres de que sus datos eran correctos se basaba en que todos sus canales de información desde España comunicaban lo mismo: que los soviéticos estaban en el horizonte.

Tanto Europa como Estados Unidos consideraban que la Unión Soviética y la Komintern, con sede central en Moscú, eran amenazas para la estabilidad. Algunos historiadores incluso opinan que ese miedo «dividió la opinión europea en la época de entreguerras y paralizó la voluntad de enfrentarse a la amenaza nazi-fascista».²² Dado el anticomunismo declarado de Hitler, muchos esperaban que la Alemania nazi destruyera a la Rusia soviética, y por tanto eliminara la amenaza comunista. Consideraban a España el campo de batalla defensivo contra la invasión de Europa occidental por parte de la revolución proletaria al estilo soviético.²³ Ante la falta de información fiable desde Moscú,²⁴ muchos no se percataron de que en realidad la Unión Soviética estaba bastante debilitada y la revolución mundial ya no formaba parte de la agenda soviética.

Tras la exitosa expansión de Mussolini en las posesiones africanas de Italia, que ya abarcaban Libia, Eritrea, la Somalia italiana y ahora Abisinia, la agenda de apaciguamiento de las potencias democráticas se centraba en ejercer influencia sobre la actividad diplomática.²⁵ Eso significa que la estrategia diplomática británica, estadounidense y francesa «fue diseñada para dejar la decisión de cuándo o si era necesario declarar la guerra para un momento especificado por ellos y no por los autócratas situados en la derecha e izquierda política más extrema».²⁶ Este razonamiento estratégico en el ámbito diplomático se basaba en la suposición de que desde mediados de la década de 1930 la Sociedad de Naciones, un organismo destinado a resolver las disputas internacionales, se sentía impotente, o como mínimo había quedado gravemente debilitada por su fracaso en el intento de detener a los japoneses en Manchuria y a los italianos en Etiopía a principios de la década. En 1936 la Sociedad de Naciones en Ginebra perdió toda la credibilidad como árbitro internacional,²⁷ y la idea de seguridad colectiva había quedado herida de gravedad. Ahora la eficacia de las decisiones internacionales dependía en gran medida de la colaboración entre Gran Bretaña y Francia, con la im-

plicación ocasional de Estados Unidos, así como de la posición de Alemania e Italia, mientras que la Unión Soviética estaba sola en la diplomacia internacional de la década de 1930 a pesar del pacto de ayuda mutua con Francia. Pasadas dos décadas de la revolución bolchevique, la Unión Soviética seguía siendo un paria «a duras penas tolerado por la comunidad internacional»,²⁸ a pesar del súbito giro de la política exterior soviética hacia una mayor cooperación con Occidente frente a la amenaza fascista.

La invasión italiana de Etiopía y la incapacidad de las grandes potencias de hacer nada para evitarla también supuso que la declaración final de la Conferencia de Stresa, más conocida como el Frente de Stresa, un acuerdo de abril de 1935 entre Gran Bretaña, Francia e Italia, podría no ser respetada, y así ocurrió. Aquello fue una señal clara para dictadores de todo tipo.

Mientras Estados Unidos sufría la ola de calor mortal de julio de 1936, al otro lado del Atlántico los conspiradores llegaron a la conclusión de que la espiral de provocación y represalias planificada no había persuadido a la opinión pública a favor de un golpe militar. Era necesario aumentar la tensión. El 12 de julio cuatro pistoleros de la Falange²⁹ asesinaron a un teniente de la Guardia de Asalto, José del Castillo Sáenz de Tejada, miembro de la Unión Militar Republicana Antifascista (UMRA). Dos meses antes un amigo de Castillo, capitán de la Guardia de Asalto, había sido asesinado por una brigada falangista. Se llamaba Carlos Faraudo de Miches. Tres días después de la muerte del capitán Faraudo, Santiago Casares Quiroga se convirtió en presidente del Consejo de Ministros y ministro de la Guerra. Tras el asesinato de Castillo, Casares enseñó a uno de sus ayudantes, el comandante de las fuerzas aéreas republicanas Ignacio Hidalgo de Cisneros, una lista negra confiscada de catorce miembros de la UMRA elaborada por la Unión Militar Española, una asociación clandestina de militares dedicada a derrocar la República, donde el nombre de Faraudo ocupaba el primer lugar, Castillo el segundo e Hidalgo de Cisneros el cuarto.³⁰

Tras la muerte de Castillo, casado hacía poco tiempo, su amigo íntimo, el capitán Fernando Condés, junto con otros agentes de policía y pistoleros de izquierdas, decidió contraatacar. Durante las primeras horas del día siguiente, hacia las tres de la madrugada, se dirigieron al domicilio de José Calvo Sotelo, una de las figuras políticas más importantes de la derecha del país, lo secuestraron delante de su

mujer y sus hijos y lo mataron poco después de meterlo en un furgón de policía. Más tarde Luis Cuenca, uno de los guardaespaldas del líder socialista Indalecio Prieto, fue identificado como el autor del asesinato. Lanzaron el cuerpo de Calvo Sotelo a la entrada del cementerio municipal, donde fue descubierto al día siguiente por la mañana.³¹ Ese mismo día, el 13 de julio, el argentino Vittorio Codovilla, cuyo nombre secreto era «Luis» y ejercía de representante de la Komintern en España, informó a Moscú de lo ocurrido y advirtió del riesgo de enfrentamientos fatales.³² Escribió a Moscú que para la derecha era la oportunidad de lanzar su desafío al régimen del Frente Popular. Los comunistas comunicaron al Gobierno su apoyo, pero exigieron «pasos claros para detener la amenaza de los reaccionarios».³³ Entretanto, Gil-Robles declaró que los partidos del Frente Popular serían la primera víctima de la inminente reacción violenta.³⁴ «Desgastar a las izquierdas» fue su famosa frase. Probablemente sabía lo que se decía, pues el dirigente de la CEDA estaba informado de todas las etapas del complot, así como de la promesa de Mussolini de ayudar a los conspiradores.

Hasta la fecha no existen cifras precisas de la cantidad de estallidos de violencia o el número exacto de personas asesinadas y heridas en el breve período transcurrido entre febrero y julio de 1936. Todos los observadores extranjeros tenían claro que el país estaba atravesando una crisis seria, resultado de varios conflictos individuales entrelazados que se solapaban, entre ellos las disputas entre los trabajadores sin tierra y los grandes terratenientes, entre los industriales y los trabajadores urbanos, entre los centralistas militares y los nacionalistas regionales, entre la Iglesia católica y los anticlericales, entre los anarquistas y el Estado.³⁵ Todos esos conflictos muy anteriores a los sucesos acaecidos entre febrero y julio habían ido creando el polvorín que el alzamiento militar pudo encender para iniciar la guerra civil. Dadas las circunstancias, no era de extrañar que la conspiración que se había estado tramando a escondidas desde los primeros años de la República resurgiera con fuerzas renovadas.³⁶ No era un asunto puramente interno de España, pues incluso antes del estallido de la guerra ya había adquirido dimensiones internacionales. La conspiración contaba con el apoyo de los fascistas y se sustentaba de una cierta aquiescencia occidental, ambos aspectos agudizados desde que el Gobierno republicano reanudó las reformas políticas de 1931-1933. En marzo los preparativos estaban ya muy avanzados, y el

general José Sanjurjo visitó Berlín en un intento prematuro y vano de negociar la compra de armas. El 1 de julio se firmaron cuatro contratos en Roma en los que se detallaban los suministros de armas (en su mayoría modernos bombarderos y aviones de combate, incluido el italiano Savoia-Marchetti S.81, capaz de cargar quinientos kilos de bombas), munición y combustible por valor de más de treinta y nueve millones de liras (hoy en día unos trescientos treinta y siete millones de euros) que Italia estaba lista para suministrar.³⁷ Hasta hace poco se creía que la ayuda italiana se cerró en el norte de África durante los primeros días de la rebelión, como resultado de las negociaciones entre Franco y el agregado militar en Tánger. Sin embargo, tras una nueva investigación del profesor Ángel Viñas, es necesario reconsiderar la historia de cuándo y cómo se convenció a Mussolini para que interviniera en la guerra española a favor de los conspiradores, relatada con tanto dramatismo en multitud de libros y artículos.

Por supuesto, eso no significa que los agentes italianos o alemanes estuvieran involucrados en los desórdenes provocados en España. Al contrario, ni la embajada alemana, ni Orazio Pedrazzi, el enviado italiano, ni sus empleados creían en la posibilidad de que el golpe tuviera éxito. Tras el arresto del dirigente falangista José Primo de Rivera el 14 de marzo de 1936, por ejemplo, Pedrazzi descartó del todo la posibilidad de un alzamiento fascista al informar a Roma:

La única organización que ha realizado un esfuerzo considerable en oponerse con fuerza a los lamentables excesos sociales, Falange Española, ha sido disuelta y sus dirigentes, empezando por Primo de Rivera, detenidos. En todo caso, no eran más que manifestaciones esporádicas. ... Nunca existió un plan global que pudiera dar frutos. El Gobierno actual no tiene nada que temer, por lo menos de momento, de sus adversarios de la derecha, que se encuentran en una situación de impotencia política.

Los documentos de la diplomacia alemana también dejaban claro que la embajada alemana en Madrid no estaba involucrada en la conspiración. «Los documentos examinados en los archivos del Ministerio de Exteriores alemán —apuntan sus editores—, no aportan pruebas de la ayuda alemana a los rebeldes españoles antes del estallido de las hostilidades.»³⁸

Pese a la previsión pesimista de Pedrazzi, los preparativos para el alzamiento ya estaban tan avanzados que el 29 de mayo los conspiradores informaron al Ministerio de Exteriores británico de sus intenciones de «restablecer la ley y el orden» colocando en el poder un «gobierno civil de derechas». Un memorando del Departamento Occidental del 23 de junio advertía de que las posibilidades de supervivencia del Gobierno del Frente Popular «se están volviendo muy escasas». También expresaba su preocupación porque los comunistas «se estaban armando y fortaleciendo su organización». El secretario de Estado para Asuntos Exteriores, *sir* Anthony Eden, habló de la debilidad de España en una reunión del gabinete el 6 de julio.³⁹ Para entonces los conspiradores habían hecho planes para dar un golpe militar entre el 10 y el 20 de julio.⁴⁰ El hecho de que las autoridades británicas estuvieran al corriente de lo que estaba a punto de ocurrir no implica que el MI6 o el Ministerio de Exteriores estuvieran implicados en la planificación del complot militar en España.

Según Michael Alpert, «las reacciones del Ministerio de Exteriores respondían en gran medida al “observar y esperar”. No obstante, se esperaba un golpe militar, más que una revolución de izquierdas. Así, el señor Shuckburgh del Ministerio de Exteriores escribió el 6 de abril: “en estos momentos hay muchas menos posibilidades de un alzamiento comunista”. La carga de los comentarios era que el golpe militar probablemente llegaría y no se podía hacer nada por evitarlo».⁴¹

Charles *Evelyn* Shuckburgh era un joven diplomático de veintisiete años en ese momento, y no un especialista en España. Una voz con más autoridad en la materia era la de R. A. J. Gascoyne Cecil, más conocido como el vizconde Cranborne. Había servido como subsecretario de Estado de Exteriores entre 1935 y 1938 y era informado con regularidad sobre la situación en España tanto por el SIS y la GC&CS, organizaciones ambas que conocían a la perfección las interceptaciones durante el transcurso de la Operación MASK, según las cuales no se avistaba ningún alzamiento comunista o de izquierdas en el horizonte español.

En las tres capitales, Londres, París y Washington, sentían poca simpatía hacia el Gobierno del Frente Popular en España. Los tres países eran los que más se jugaban económicamente en España y sus embajadores advertían sin cesar de la peligrosa inestabilidad que imperaba en el país. Para los británicos, la base naval de Gibraltar era

de una gran importancia estratégica, y la integridad territorial del Marruecos español era esencial para sus intereses coloniales en el norte de África. Las propiedades británicas constituían el 40 por 100 del total de la inversión extranjera en España. En 1935, Gran Bretaña obtuvo de España el 45 por 100 del acero importado o el 66 por 100 de toda la pirita importada.⁴² Los británicos eran propietarios de varios negocios importantes, entre ellos el conglomerado minero de Río Tinto fundado en 1873, cuando un grupo de inversores compró unas antiguas minas en la provincia andaluza de Huelva y las convirtió en uno de los mayores gigantes industriales. El embajador británico en Madrid, atrozmente conservador, *sir* Henry Chilton, advirtió de que «nos saldrá tremendamente caro» si no se le ponía freno a la extrema izquierda. «Si el golpe de Estado militar que se considera en preparación no prospera, las cosas se pondrán bastante feas.»⁴³ En realidad, ganara la parte que ganara, la posición estable de Gran Bretaña en España quedaba garantizada en gran medida por dos elementos decisivos: en primer lugar, la fuerza financiera y económica de los británicos era de vital importancia para la economía española. En segundo lugar, la Royal Navy tenía la supremacía militar absoluta en la zona,⁴⁴ por lo que los temores de Chilton eran infundados.

El cónsul italiano en Tánger también oyó los rumores de serios preparativos. Hacia finales de mayo informó a su ministerio de un alzamiento inminente, pero el embajador en Madrid, Pedrazzi, desestimó el informe aduciendo que los planes de revuelta militar parecían «destinados de momento a permanecer en el ámbito de las recriminaciones estériles sin que jamás desemboquen en la práctica».⁴⁵ Parece ser que, dado que sus vínculos con los nazis alemanes y los fascistas italianos eran tan obvios, los conspiradores decidieron interrumpir todo contacto con sus misiones diplomáticas. Si se produjo alguno, las embajadas alemana e italiana en España no tenían conocimiento de él.

El 14 de julio, un avión De Havilland Dragon Rapide llegó al aeropuerto de Gando en Gran Canaria camino de Casablanca, cuyo viaje había sido iniciado en Londres Croydon. El piloto del avión era el capitán William Henry Cecil Bebb, un antiguo oficial de las fuerzas aéreas reales conocido por su habilidad, y sus pasajeros, un capitán del ejército retirado y el aventurero editor de *Country Life*, Hugh Pollard, su hija de diecinueve años, Diana, su amiga Dorothy Watson y un tal Luis Antonio Bolín. El grupo pretendía pasar por turistas,

que no lo eran, y su misión no era ir a ver monumentos, sino disfrazar la finalidad del viaje. El español Bolín se quedó en Casablanca y dejó instrucciones al resto del grupo para su viaje. Debían llegar a Gran Canaria, tomar un barco de vapor hasta Santa Cruz, la capital de Tenerife, y encontrar a un médico determinado, que había sido prevenido de una posible visita.

Tan solo unos días antes, el 5 de julio, Bolín, entonces corresponsal en Londres de *ABC*, el periódico monárquico español, fue avisado por su amigo Juan de la Cierva⁴⁶ de que se pusiera en contacto con el capitán Olley en Croydon y alquilara un avión adecuado para trasladar a salvo a sus pasajeros desde las islas Canarias hasta el Marruecos español. Entonces Bolín concertó una comida con Douglas Jerrold, editor en Londres de la publicación *English Review*, católica y de derechas. La idea de ese almuerzo en el Simpson's era encontrar a un grupo adecuado de pasajeros para el Dragon Rapide alquilado por Bolín a Olley Air Services, con fondos proporcionados por un millonario español con cuenta en el Kleinwort Bank de Londres. Jerrold recomendó a su viejo amigo Pollard.⁴⁷ El segundo compañero de almuerzo de Bolín fue el mencionado inventor Juan de la Cierva, cuyo padre, también llamado Juan, había sido ministro de la Guerra español con la monarquía. En 1925, durante su época en la oficina, Francia y España acordaron aunar fuerzas contra Abdelkrim en Marruecos, y De la Cierva padre colocó a Franco al frente de las tropas españolas. El rey Alfonso XIII, en el exilio desde 1931, hacía mucho tiempo que era amigo de la familia. Jerrold también conocía al rey, al que entrevistó después de abandonar el trono.

La implicación de Pollard en el vuelo de Franco desde su exilio en las islas Canarias hasta el Marruecos español, donde se hizo con el control del ejército africano, es de sobra conocido, pero su archivo personal del MI6 en los archivos nacionales⁴⁸ y algunas publicaciones recientes⁴⁹ arrojan una nueva luz sobre la persona y las circunstancias que rodearon este asunto. El capitán Pollard, cuyas hazañas le valieron el sobrenombre de «Spanish Pimpernel» por parte de la revista *Life*,⁵⁰ había sido un agente del servicio secreto militar con experiencia y experto en armas de fuego con un pasado pintoresco.⁵¹ Jerrold decidió que era el hombre ideal para ese trabajo, no solo porque las aficiones de Pollard que aparecían en *Who's Who* fueran «cazar y disparar», sino por su experiencia anterior en la revolución mexicana y en Marruecos y su conocimiento funcional del castella-

no. Una ventaja adicional para la operación era que Pollard era un católico devoto que simpatizaba con los fascistas, y por tanto anticomunista convencido.

Caben pocas dudas de que ese mismo día Pollard alertó a sus contactos de la naturaleza de la operación en la que estaba a punto de participar. Necesitaba su ayuda urgente porque tres días antes de partir, el 8 de julio, la amiga de su hija, Dorothy, aún no tenía pasaporte.⁵² No obstante, en realidad no importa quién informó al servicio secreto, pues desde finales de mayo empezaron a llegar telegramas a Londres que alertaban de una «conspiración militar dirigida a restablecer el orden para evitar que se repitiera la experiencia de la revolución rusa».⁵³ El capitán Bebb, el piloto del Dragon Rapide, también recordaba que, mientras esperaba a su pasajero vip en Las Palmas, que en el último momento resultó ser el general Franco, llegó el cónsul británico y «realizó comentarios muy favorables sobre la misión en la que estaba a punto de participar».⁵⁴ Resulta interesante observar las palabras exactas que utilizó el cónsul británico porque antes del 18 de julio, cuando el capitán Bebb llevó a Franco a Casablanca, le hicieron creer que su pasajero sería un dirigente rebelde del Rif que iba a iniciar otra revuelta en Marruecos. Sin embargo, una vez más, incluso Bolín admite de forma bastante abierta en su libro que el cónsul era amigo de Franco, con el que quedaba con frecuencia en el club de golf.⁵⁵ Esto último, sin embargo, cuesta creerlo.

En primer lugar, las frecuentes visitas de Franco a Las Palmas Golf Club, fundado en diciembre de 1891, no están registradas en ningún sitio. Franco fue destinado a su puesto de comandante militar de Tenerife el 21 de febrero de 1936, y cuando quiso hacer una serie de visitas a las guarniciones militares del archipiélago el Ministerio no se lo permitió.⁵⁶ Eso significa que las visitas del general a Las Palmas fueron en el mejor de los casos muy escasas. En segundo lugar, el cónsul británico en Las Palmas era Sydney Head, que en aquel momento tenía cincuenta y seis años y no era un diplomático de carrera. Había trabajado en la empresa británica Grand Canary Coaling antes de unirse al servicio diplomático, y en su tiempo libre jugaba al tenis. Probablemente era lo que mejor hacía, pues en 1907 ganó el campeonato de España y recibió la copa de manos del rey Alfonso XIII.⁵⁷ El señor Head había sido un miembro honorable y jugador estrella del Club de Tenis Hierba Las Palmas, fundado en marzo de

1903, durante más de tres décadas. El club y sus pistas estaban situados en el territorio del hotel Metropol, el más lujoso de la zona y de propiedad inglesa, donde todo el grupo de Bebb, Pollard y las chicas se registraron a su llegada. Si Bebb estaba en lo cierto respecto del cónsul, entonces Head probablemente oyó hablar del alzamiento que se estaba planeando a su colega Harold Patteson, otro cónsul británico y diplomático de carrera, en Santa Cruz, Tenerife. Este llegó en junio de 1935 y era el enlace de Head con la embajada británica y el Ministerio de Exteriores.⁵⁸ Además tenía un transmisor de radio sin cable y un canal de comunicación directo con Londres.

Tras dejar las islas Canarias en manos de los rebeldes y a Pollard con sus dos chicas rubias en el Metropol, Franco y su séquito aterrizaron en Tetuán, que ya se encontraba asediado por las tropas bajo el mando del coronel Sáenz de Buruaga, que los fue a recibir al aeropuerto el 19 de julio. Era el segundo día de la insurrección, y la única certeza que tenían sus cabecillas era la necesidad urgente de pedir ayuda a Alemania e Italia, así como de enviar delegaciones para comprar aviones y suministros en Inglaterra.

Franco, agradecido, más adelante concedió a Pollard y los demás pasajeros que le acompañaron la cruz de caballero de la Orden Imperial del Yugo y las Flechas. No serían los únicos británicos en recibir una condecoración falangista: Franco concedió a Philby la Cruz Roja al Mérito Militar al cabo de dos años. Poco después de que estallara la guerra, el SIS se dirigió a Pollard para preguntarle si estaría dispuesto «a ir a España y formular personalmente una larga serie de preguntas a Franco sobre sus planes militares, la ayuda externa que estaba recibiendo y cómo pretendía utilizar sus fuerzas aéreas», porque el servicio secreto «había sido inevitablemente lento en el desarrollo de su organización» en la zona nacional (la parte del gobierno estaba mejor cubierta). Sin embargo, Pollard preguntó demasiado y Frederick Winterbotham, su contacto del SIS, recibió la orden de abandonar la idea.⁵⁹ No obstante, tras la victoria de Franco⁶⁰ el MI6 aceptó formalmente la incorporación de Pollard y lo destinó a la «Sección D» que tenía instrucciones de participar en sabotajes clandestinos en toda Europa. Para entonces Philby ya se había unido a la sección. La «D» del nombre de la sección correspondía a «destrucción». Según Graham Macklin, el historiador de los archivos nacionales británicos, «durante mayo de 1940 la sección “D” vivió lo que se describe en la historia interna del ejecutivo de operaciones especiales (SOE, por sus

siglas en inglés) como “un pequeño coqueteo” con la idea de apoyar a la oposición monárquica (que no republicana) en España como parte de la estrategia global del Gobierno británico para mantener al país fuera de la guerra. Sin embargo, abandonaron el plan en cuanto se dieron cuenta de que no tenía ninguna posibilidad de éxito». ⁶¹

Desde sus inicios, el estallido de violencia en España elevó este conflicto local al rango de internacional. Muchos historiadores incluso han llegado a la conclusión de que la guerra de España era en realidad una guerra civil europea cuyos participantes externos eran como mínimo igual de importantes que los combatientes nacionales. A pesar de que algunos países implicados en el conflicto tenían agendas parecidas, como por ejemplo Italia y Alemania, «ninguno colaboró activamente en formar lo que podría definirse como una estrategia coherente e identificable a largo plazo hacia su participación en la guerra». ⁶² También era cierto en el caso de las democracias, y el fracaso del Comité de No Intervención, de inspiración anglofrancesa, era una prueba evidente de ello. Sorprendentemente, la guerra civil española reveló que «el concepto de alianza diplomática, por no hablar de la militar, era muy endeble en la Europa de 1936». ⁶³ También ponía de manifiesto que tenía la capacidad de minar la estrategia de las grandes potencias de aplicar algún tipo de control diplomático en las cuestiones de guerra y paz en Europa.

¿Estaba justificado el abandono de la República española por parte de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos? Su actitud, como se observó con acierto, era radicalmente opuesta a la iniciativa propia demostrada durante la guerra civil en Rusia. Las fuerzas de los Aliados participaron en la guerra vicil rusa en un momento en que británicos y franceses estaban agotados en cuanto a recursos materiales y personal. En 1936 no sufrían esas limitaciones, y gracias al New Deal la economía estadounidense estaba saliendo de la recesión y podía ofrecer su apoyo en la protección de la democracia en España. ⁶⁴ Con todo, las grandes potencias se mantuvieron al margen.

Algunos creen que en 1936 y durante la guerra civil española «los británicos y franceses se jugaban demasiado si ofrecían su intervención directa. Existía una falta de preparación para la guerra, real o percibida, a la que se sumaba la creencia de que la guerra podía convertirse en un conflicto europeo más amplio. Asimismo, la oposición a Franco interviniendo en la guerra a favor de la República democrática en España también perjudicaría la agenda más amplia del Go-

bierno británico de apaciguamiento de los dictadores fascistas». ⁶⁵ Parece ser que Hitler era más importante para los intereses británicos que España, y la amenaza roja más factible que la amenaza nazi:

En última instancia, el principal motivo por el que ninguna de las potencias se implicó en la guerra civil española, considerada como una oportunidad de declarar una guerra de conquista, era que a ninguna le interesaba hacerlo. La seguridad de Gibraltar hacía que el interés de los británicos fuera tener buenas relaciones con el Gobierno español, fuera cual fuese su identidad ideológica, pero calculaban que si Franco ganaba la guerra, se podría llevar a cabo un acercamiento diplomático tras los acontecimientos ... [El aislamiento de Estados Unidos fue sin duda un factor importante.] En el caso de los franceses, a pesar de compartir frontera con España, que podía verse amenazada por un gobierno español de los nacionales dispuesto a iniciar una guerra de agresión, no era una parte importante de la planificación estratégica militar de Francia. Para los franceses, Alemania, y no España, constituía la mayor amenaza para su seguridad y desde ahí para el resto de Europa. ⁶⁶

Políticamente, y es algo que se infiere con facilidad de la actuación de los rebeldes justo después del golpe, el verdadero objetivo de los conspiradores era acabar con las reformas económicas, sociales y culturales del bienio 1931-1933 y reanudarlas después de febrero de 1936. Operativamente, la guerra civil fue, en palabras de Ángel Viñas, «el resultado de un alzamiento militar entre el éxito y el fracaso, pero también la consecuencia de tres circunstancias, dos de las cuales habían tenido muy en cuenta los conspiradores militares y civiles». Las dos primeras eran la esperanza de ayuda por parte de la Italia de Mussolini y las expectativas de que el Gobierno británico, bien asesorado, no ofreciera su apoyo a la República. Solo la tercera circunstancia, débilmente perseguida por el director simbólico de la rebelión, el general Sanjurjo, en marzo de 1936 superó todas las expectativas. Una semana después del alzamiento, el 25 de julio, Hitler decidió sin vacilar acudir en ayuda de Franco. La ayuda militar inmediata de los fascistas y la decisión de no intervenir por parte de las democracias hizo que la balanza se decantara. La ayuda soviética a la República logró evitar la derrota, pero no fue prolongada ni suficiente en comparación con la implicación italiana y alemana. «Los detalles de estas circunstancias —escribe el profesor Viñas— se pueden seguir casi al minuto si unimos todo el material disponible en los archivos español,

francés, alemán, italiano, británico y, de forma crucial, los antiguos archivos soviéticos.»⁶⁷ No muchos han abordado esta ingente tarea.

Finalmente, una de las cuestiones que ha tenido ocupadas las mentes de los historiadores es hasta qué punto la guerra civil española fue «un ensayo general» para la segunda guerra mundial.⁶⁸ «La guerra civil española no fue la primera fase de la segunda guerra mundial —escribe la profesora de Oxford, Zara Steiner, en su obra más reciente sobre la historia internacional europea,⁶⁹ aunque añade—: fue más bien un espectáculo marginal». Este, y no la política de apaciguamiento británica o francesa, parece ser el núcleo del debate acerca de la importancia de la guerra civil española en la política internacional de finales de la década de 1930. Resulta difícil no darle la razón a Michael Alpert, de la Universidad de Westminster, cuando afirma que «hoy en día es fácil ver que el comportamiento de las democracias hacia España inevitablemente envió el mensaje a los dictadores de que podrían hacer lo que quisieran en el resto del mundo».⁷⁰ Así, la República española fue una de las primeras víctimas del fascismo en Europa, antes que Austria o Checoslovaquia.⁷¹

Como de costumbre, ni siquiera una respuesta clara a esta importante cuestión ayuda a contestar otras preguntas importantes surgidas del contexto internacional, de una complejidad inmensa, en el que se desarrolló la guerra civil española. No obstante, en los siguientes capítulos se esbozan algunos de los aspectos humanos, políticos, militares y de inteligencia que reflejan el proceso de la toma de decisiones por parte de la Unión Soviética respecto de España, que a menudo resulta poco claro para muchos y en gran medida desconocido hasta la fecha, pues la Unión Soviética fue, con diferencia, el participante más misterioso y controvertido de la guerra civil española y de la segunda guerra mundial.